

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11 »
Por seis id. 21 »
Por un año. 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes

ADMINISTRACION Y REDACCION, Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza ó sellos. La correspondencia, al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Número suelto, CUATRO CUARTOS.

GIL BLAS

(SEGUNDA ÉPOCA)

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Adminis- 15 reales.
tracion. 28 »
Por seis id. 50 »
Un año id. 30 »

ESTRANJERO, tres meses. 6 pesos.
ULTRAMAR, un año. 6 pesos.

ADMINISTRACION Y REDACCION, Huertas, 10, principal.

Toda suscripcion hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

ADVERTENCIAS.

Los suscritores de provincias, cuyo abono termina en fin de marzo, se servirán renovarlo oportunamente.

El medio más sencillo es por el giro mutuo ó sellos de franqueo.

El mismo aviso damos á los encargados de la venta pública en provincias, para hacer la tirada con arreglo á los pedidos desde el próximo número de abril.

LO QUE CORRE POR AHÍ.

—¡Cómo se divierten Vds. en Madrid! me decía el domingo un forastero; y continuaba despues:—Acabo de leer los carteles en las esquinas, y todo se vuelven teatros.

—Pues nunca ha habido ménos teatros, le respondi. El Circo y el Principe están cerrados; de modo que solo nos quedan cuatro:—Real, Zarzuela, Variedades y Novedades.

—¿Cuatro? Haga Vd. el favor de acompañarme, y leerá las funciones que están anunciadas para hoy.

* *

Llegué con el forastero á la esquina, y me quedé bufamente sorprendido.

Con letras descomunales ostentaban sus colores una infinidad de carteles, todos de mayor tamaño que el del teatro Real, anunciando las mejores obras de nuestro repertorio:

- El Trovador,
El tanto por ciento,
La Vaquera de la Finojosa,
Don Juan de Lanuza,
La Campana de la Almudaina,
Deudas de la honra,
Lo Positivo,
El amor y el interés.

Y ninguna de estas obras se representaba en los teatros de verso, abiertos hoy al público, que son Zarzuela y Novedades.

¿Qué teatros, pues, son esos?

Los desconozco completamente, y tú, ¡oh descuidado madrileño! tú los desconoces tambien.

* *

Pasemos revista á los nuevos teatros.

TEATRO DE QUEVEDO. (El cartel es más grande que el teatro).

Está en el nuevo barrio de Pozas. Unos cuantos aficionados, ignoro las condiciones de su escritura, anuncian todos los dias de fiesta á los vecinos de Madrid que á las ocho de la noche se permiten interpretar á su manera un drama.

TEATRO DE BUENAVISTA. Debe de estar en la calle de la Luna, si es que el carro de la mudanza no lo ha llevado á otra parte. He oido decir, no sé cuándo ni á quién, que se hacen tambien comedias en él. Lo más seguro, para no errar, es decir que las deshacen.

TEATRO DE GARCILASO. ¡Bonito título! Con permiso de los verdaderos madrileños, diré que está situado en la carretera de Francia. Como está en el camino,

el mejor dia echa á andar, y ¡adios, teatro! y lo que es más doloroso, ¡adios, Garcilaso!

TEATRO DEL FÉNIX. Muy señor mio: Pase Vd. adelante.

—Estoy fuera de puertas.

—¿Tambien?

—Sí señor, cerca de la Plaza de Chamberí.

—Pues que Vd. se divierta. ¡Ah! Cuando vea á Ortego, que vive por allá, le pediré noticias de este teatro. Dudo mucho que lo conozca; pero yo habré cumplido con un deber de conciencia.

TEATRO DE LA BOLSA. Tampoco es flojo el título. Está en la calle de Carretas, y sirve de recreo á los que gustan ver las precoces disposiciones de los niños. En él ha establecido sus reales la sociedad infantil, y no espero hallar en parte alguna público más bonachon ni entusiasta que el de los papás y parientes cercanos de las eminencias en miniatura. La sabia naturaleza no me ha dotado todavia del amor paternal; pero vosotros, los que teneis hijos, llevadlos al teatro de la Bolsa, y Dios y el mundo os lo agradecerán más que si los lleváseis á los conciertos de Barbieri ó á la Plaza de Toros.

* *

De modo que son cinco teatros de verso, con sus compañías de actores, su orquesta, su alumbrado y sus acomodadores de butacas.

Por doce cuartos, por dos reales, ó á lo sumo por una peseta en el sitio más aristocrático, puede aprender el curioso observador cómo le echa la zancadilla D. Enrique á D. Pedro el Cruel.

Esto es algo.

La instruccion se va abaratando.

El nivel del arte podrá no subir á mucha altura; en cambio, el nivel de la moralidad pública se eleva con estas cómicas distracciones.

El pobre que en lugar de emplear en vino sus diez y siete cuartos, los emplea en ver una comedia, tiene la seguridad de volver á su casa tan en ayunas como salió.

Esta es la moralidad de los nuevos teatros:—el trabajador que vuelve á su casa sin vino, progresa de veras.

* *

Despues de los teatros arriba mencionados, vienen por rigurosa escala los teatros-cafés.

Descuellan, por el buen orden y el personal de actores, los de Capellanes y Recreo.

En estos lugares, consagrados á fortalecer el cuerpo y el alma, las funciones se dividen en tomas.

Entra Vd. en el café y pide; en seguida le traen á usted el servicio y un billete. Apura Vd. su vaso de café y entra á ocupar su asiento.

Acabado el primer acto, ó se marcha Vd. á la calle, ó vuelve Vd. á tomar si quiere ver el segundo.

La aficion al verso va acompañada del amor á los licores. Con tres copas de ron, por ejemplo, puede Vd. ver tres actos. Si no lleva Vd. más que para una copa, se queda sin saber el desenlace del drama.

Supongamos que con la primera copa averigua usted que la hija del duque se quiere casar con un paje, de cuyos amores anda por allí un niño. El duque se

opone, y ella dice: «yo me casaré con mi amante, aunque se oponga el mundo entero.»

Naturalmente, ¿quién no desea saber el medio de que se vale la hija del duque para casarse?

Pues señor, venga otra copita, y empieza el acto segundo. Como tiene Vd. la cabeza caliente, va encontrando más agradable la lucha entre el paje, el duque y la hija del duque.

Al final del acto, cuando la novia triunfa, el papa le quita el niño, y esto le pone á Vd. furioso.

—Vamos, dice Vd., necesito saber lo que será de ese chiquillo.

Otra copita de ron, y otro acto.

En resumen: se ha gastado Vd. seis u ocho reales, y cuando ve que el duque perdona á su hija, y el paje se presenta con el niño muy contento exclamando: «Aquí está mi hijo,» sale Vd. á la calle haciendo esas.

A la mañana siguiente, puede Vd. hacerse esta reflexion: «¡Hombre, bien! por el dinero que gasté anoche podia haber ido á un teatro como el del Principe, donde me hubieran dado drama, baile y sainete, todo bien aderezado con su sal y pimienta, y ainda mais me hubiera ahorrado los retortijones de tripas que me proporcionó el llamado ron que bebi distraido.»

Esto diria Vd. si reflexionara, caballero. Es verdad que si el hombre reflexionara antes de gastar el dinero, probablemente no lo gastaria. ¡Dios nos libre de la mania de pensar!

Luis Rivera.

NEGOCIO REDONDO.

(Conclusion.)

—Pues entonces, excusado es decirle que hace cuatro años se vendió en Bruselas al conde Keller, el cual no dió por él sino 45.000 francos.

—¡Diablo!—murmuró por lo bajo el baratillero, mirando con respeto el mamarracho de la vispera.—¡Decidamente soy un topo!

—¿Le convendria á Vd. un precio parecido?

—No, señor. Le hablaré á Vd. con franqueza: el cuadro no es mio, y su dueño no quiere ménos de 75.000 francos.

—¿Y si le diesen 50.000?

—Creo que seria inútil.

—¿Y 55.000?

—No sirven.

—¡Es muy caro!—dijo el caballero lanzando un suspiro.

En seguida saludó y se alejó pausadamente.

En el mismo dia, seis ó siete admiradores se extasiaron ante el Rembrant y tantearon el vado.

Ninguno de ellos pareció admirarse de la exorbitancia del precio. Unos ofrecieron treinta mil, otros cuarenta mil, y alguno llegó hasta cincuenta y nueve mil francos.

La más ciega fé penetró entonces en el alma del baratillero; pero con la fé se despertó la codicia.

Pasaron tres dias sin que al Rembrant le faltaran admiradores.

Y como en este buen Paris basta con que un par de mirones gesticulen delante de una vidriera para que en seguida se forme un círculo compacto de curiosos, habia á todas horas frente al interior flamenco un numeroso corrillo, cuyo aspecto embobado llenaba de orgullo al mercader.

Al cuarto dia, el caballero condecorado volvió á presentarse en la brecha.

—¿Ha visto Vd. al propietario?—preguntó.

—Sí, señor.

—¿Le acomodan los 55.000?

—¡Cá! Por 59.000 ya podia estar vendido.

—¿Y si le dieran sesenta?

—Ménos de 70.000 no le cede, y eso porque necesita el dinero para hacer un viaje á China.

—Pues dígame Vd. que yo doy 65, y ya volveré por aquí á saber la respuesta.

—¡Es inútil! No le da en ménos.

—Vamos, sesenta y ocho...

—El último precio es lo que he dicho.

—¡Pues el cuadro es mio!—exclamó el caballero con aire de triunfo.

El mercader de antigüedades no pudo reprimir un salto de alegría.

Y el caso no era para ménos:—como que se ganaba de una mano á otra once mil francos.

El comprador sacó de una voluminosa cartera diez billetes de á mil francos, y entregándoselos al extático baratillero repuso:

—Extendamos el contrato ahora mismo, quedando esta suma en señal. Dentro de cuatro dias recibiré fondos sobre Paris y pagaré el resto, recogiendo entonces el cuadro. Soy el baron de Reinster y vivo en el Hotel del Louvre.

El contrato quedó extendido y los diez mil francos en poder del baratillero, quien, á fuer de prudente, fué en seguida al Hotel del Louvre á comprobar la identidad del comprador.

La persona indicada vivia allí en efecto.

¡No habia duda, el negocio era redondo!

Una vez puesto en el filon, el baratillero quiso explotarle completamente, sacando otra astilla del propietario.

Sin perder minuto se presentó en su domicilio.

—Me alegro infinito de verle á Vd.,—le dijo el vendedor,—porque iba á vestirme para ir á su casa á recoger el cuadro.

—¿A recogerlo?

—Sí, le tengo casi vendido...

—¡Vendido!—exclamó el mercader aterrado.

—Sí, y como necesito el dinero deseo cerrar el trato cuanto antes.

—Pero el caso es...

—¿Qué? ¿Hay algun comprador que dé los 60.000?

—No, pero muy arriba llegaríamos.

—Pues, amigo mio, á mi me dan 58.000 á toca teja, y como me urge marchar voy á cederle.

Viendo el baratillero que se le escapaban de entre las manos los 13.000 del pico, se embarcó de lleno en el negocio.

—¡El cuadro está ya vendido en ese mismo precio!—exclamó.

—¿Quién lo compra?

—¡Yo!

—Eso es diferente. ¿Y el dinero?..

—Tambien á toca teja: puede Vd. venir á mi casa á tomarlo.

Y en efecto, media hora despues, el mercader pagaba, billete sobre billete, 57.000 francos, importe del Rembrand deducida la prima que se le habia ofrecido.

—¡Soberbio negocio!—decia el baratillero frotándose las manos.—De estos entran pocos en libra. ¡Mentira parece que ese pedacito de lienzo valga ese dineral! Y yo que me creia inteligente en pintura!...

IV.

No lejos del establecimiento de nuestro héroe, vive un cofrade íntimo amigo suyo.

El baratillero, á quien la perspectiva de los comsabidos 13.000 francos habia puesto de buen humor, quiso divertirse un rato á su costa, y al efecto le mandó llamar.

—Apuesto,—se dijo,—á que ese pobre ignorante da tambien por las paredes, y á que se queda extático en cuanto le diga el precio del interior.

AVENTURAS DE UN RECIEN NACIDO. (4)

(Continuación.)

La costumbre, ó más bien la vergüenza, ha sido siempre causa de que estas visitas á la Inclusa tengan lugar de noche.

Llegó D. Longinos al torno y tocó la campanilla. Los chiquillos le habian puesto una maza en la capa, y empezaron á gritar: ¡que lo lleva, que lo lleva!

El torno giró y apareció el hueco donde se depositan los niños que el crimen ó la necesidad conducen á aquel establecimiento.

El maragato se desembozó y colocó en el torno al niño de Joaquín, el pobre Ramoncito, que sin comerlo ni beberlo venia siendo víctima inocente de los errores de los humanos.

Giró el torno, y el maragato no vió ya más que á los chiquillos, que continuaban gritando:—¡que lo lleva, que se lo quite!

Algunos más atrevidos echaron mano de las piedras que encontraron al paso, y las arrojaron sobre el viejo.

—¡Tunantes! decia el maragato.

—¡Que se lo quite!

Afortunadamente apareció un guardia municipal, que hizo notar á D. Longinos el objeto de aquella gritería, y este pudo seguir su camino libremente á la calle de Atocha.

(4) Véase desde el número 41.

Cuando vió entrar á su amigo por la puerta:

—Tengo una cosa que enseñarte, Estéban,—le dijo, levantando la gasa en que habia envuelto el cuadro.—Tú que eres algo inteligente en la materia ¿quieres decirme cuánto darias por este lienzo?

—Muy sucio está. ¿Qué representa?

—Míralo bien.

—Aquí hay una figura fumando la pipa, y otra con un vaso en la mano... ¿Es una taberna?

—No, es un interior flamenco. Vamos, ¿cuánto vale, á tu parecer?

—Pues, hombre, yo daria por él... quince francos.

El mercader lanzó una estrepitosa carcajada.

—Con que, quince francos por ese cuadro, ¿eh?

—Y me parece bien pagado, porque el marco es muy viejo... ¿Me equivoco acaso?

—¡En una friolera!

—¿En cuánto?

—¡En 69,985!

—¡No digas disparates!

—¿Disparates? ¡Estéban, ese cuadro (quitate la gorra para mirarlo), ese cuadro es un Rembrandt! Mira, aquí tengo el duplicado del contrato de venta extendido ayer. ¿Eh? ¿qué tal?

El amigo del baratillero miraba el contrato y el cuadro con ojos de asombro.

—¡Demonio! exclamó: ¡setenta mil francos eso! ¡Lo veo y no lo creo!

—Lo mismo me sucedia á mí al principio.

—Supongo que no serás tú el que habrás descubierto esa joya.

—No, el cuadro me le dejaron para venderle.

—¿Y cuánto te ganas en el negocio?

—¡Un piquillo!

—¿De mil?

—Con un cero más.

—¡Eres un monstruo de fortuna! A mí no me caen esas gangas. Por supuesto, que la rociaremos...

—¡Con lo que quieras! hoy comemos juntos.

V.

El dia del plazo convenido, el mercader, acompañado de su amigo Estéban, fué á entregar el precioso interior flamenco al señor baron de Reinster.

Pero ¡cómo se quedaria el infeliz al saber que el señor baron habia salido para Alemania tres dias antes!

Empezando á sospechar la verdad, corrió como un loco á casa del vendedor.

¡Tambien aquí el pájaro habia volado!

En suma, la broma del interior flamenco le cuesta al pobre mercader 47.000 francos.

En cuanto al lienzo, al famoso Rembrandt, le han reconocido peritos inteligentes, y es una mala imitacion del antiguo, que no vale un luis.

Federico de la Vega.

ALBUM DE «GIL BLAS.»

Entre una oda de Cervino

y un soneto de Cañete

hay una página en blanco,

¡y quereis que yo la llene!

Por complaceros, señora,

pongo una silva... corriente...

se le tragan mis adláteres

y aquí se acaba el sainete.

Es tu casa el paraíso,
y tú eres Eva inocente,

II.

Joaquín se cansaba ya de esperar al maragato, cuando este penetró en el gabinete.

—Gracias á Dios, dijo quitándose la capa; todo queda arreglado. No tendrá mi sobrino por qué quejarse. Acabo de quitarle de encima un cuidado. En cuanto á Vd....

—¡Yo! interrumpió Joaquín, ¡yo soy un miserable! Y diciendo esto, sacó el pañuelo y se lo llevó á los ojos.

—¿Qué es eso? ¿Le duele á Vd. algo, jóven?

—¡Que si me duele! No lo sabe Vd. bien.

—¡Hombre!

—Acabo de cometer una infamia; soy indigno de que usted me perdone, respetable maragato.

—Me asusta Vd.

—Voy á abrirle á Vd. mi pecho.

Joaquín, que habia meditado la mentira con que se proponia salvar al sobrino Severiano, prosiguió diciendo:

—Señor, míreme Vd. á sus plantas.

—¡Canario! ¿A qué viene eso ahora?

—Oígame Vd. un instante, porque ha llegado la ocasion de hablar claro. Su sobrino es inocente.

—¡Inocente?

—¡Inocentísimo! No es Severiano el padre de la criatura, no. Severiano es tan puro como una paloma... cuando es pura.

—Pues no me dijo Vd....

—No tuve valor para confesarle la verdad; pero la soledad de este cuarto me ha hecho pensar en todo, y

y yo el Adán que te quiso,
y tu madre la serpiente.

«He escrito diez romances para un album,
¡Jesús qué atrocidad!

Cualquiera de ellos es peor, señora,

¡elegid y temblad!»

Esto dijo un poeta el primer dia

que dijo la verdad.

Una mujer que mira es la esperanza,
una mujer que llora es casi el cielo,
una mujer que pide es el suspiro,
y una mujer que gasta es el infierno.

Dejé mi pueblo, partí á la guerra,
soldado fui;

dejé mi novia, dejé mi tierra,

¡y me lucí!

Tras una ausencia de más de un año

volví al lugar;

me acerqué al rio, y me dí un baño

muy regular;

corrí á su casa muy decidido

con un regalo,

«ven» díge á voces, ¡y su marido

me atizó un palo!

Quisiera tener un duro

por cada verso ramplon,

de los que leo en tu album,

niña de mi corazón.

MURMULLOS.

Decididamente los autores dramáticos han emprendido una cruzada contra el lujo.

Despues de *Quiero y no puedo* se anuncia *Palco, modista y coche*.

Esto es considerar el teatro como artículo de lujo.

No se puede ir más lejos siendo autor dramático.

Segun *La Correspondencia*, este año tendrán que ver en Sevilla las procesiones.

«Todas las hermandades, dice el diario de Santana, se proponen presentar los pasos en Semana Santa con la mayor ostentacion posible.»

La del Santo Entierro invertirá sumas de consideracion, los armados de la de Monsarrat estrenarán lujosos trajes.

Y no digo mas.

Esta semana ha estado el pan á punto de subir. Los panaderos quisieron meterse en harina pero se han quedado con las ganas.

Esta vez si que les ha costado la torta un pan.

¡Qué cosas tienen los catalanes! Ahora están ocupándose en adoptar para el Teatro del Liceo el diapason de Paris.

¡Apenas hace tiempo que se ha adoptado en Madrid!

Dice *La Correspondencia* que el Sr. Velasco, empresario del Teatro Real, va á montar en nuestra escena el *Don Carlos*.

—¿Es buen ginete? preguntó uno al oír la noticia.

me he decidido á aceptar con valor las consecuencias de mis faltas. El padre de ese fruto desgraciado, soy yo, yo solito.

—Hombre, lo siento mucho... por Vd.; pero me alegro por mi sobrino.

—¿Me perdona Vd.?

—Con alma y vida. No siendo mi sobrino, nada me importa lo demás. Pero ahora que recuerdo... me dijo usted que era casado.

—Y con hijo de legítimo matrimonio.

—¡Qué barbaridad! Su conducta me espanta. Faltar así á los deberes de esposo y de padre...

—¡Qué quiere Vd.! Lo único que me disculpa es que este desliz fué anterior á mi casamiento.

—Eso no es una disculpa; de ningún modo. Pero, en fin, puesto que es Vd. el padre, le diré que yo acabo de depositar en la Inclusa el fruto de su desventurado amor.

—¿Cómo?

—Cogiéndolo de manos de la nodriza, que está ahí fuera, y llevándolo debajo de la capa. Ahora mismo vengo de dejar el bulto en el torno.

—Pues si la Tuerta quedó en marchar á Carabanchel.

—¿Qué tuerta?

—La nodriza.

—No he reparado bien, pero creo que no es tuerta. —Entonces... y Joaquín se detuvo. Una idea horrible acababa de cruzar por su mente. La de si seria su hijo aquel que el maragato acababa de llevar á la Inclusa. Para cerciorarse llamó á Vicenta.

—Esta es la que tenia el niño, exclamó el viejo así que la vió.

LA KURDOMANÍA.

Poema en variedad de litros.



—¿No somos todos iguales
los de chaqueta y de frac?
—¿Yo igual á borrachos tales?
Yo nací en buenos pañales
y solo bebo coñac!



—Una felpa á la Tomasa
daré en saliendo de aquí.
—Es muy mujer de su casa.
—De puro buena se pasa.
—Por eso me carga á mí.



—Cachirulo, ¿dónde vas?
—A casita, D. José.
—Vente, y me acompañarás.
Me has gustado.—Y tú á mí más.
—Pues vámonos al café.



El perro.—Durmiendo en el mismo lecho
están plebeyo y señor,
de la ocasion me aprovecho
ya que me da este derecho
la igualdad... ante el licor.

—¡Horror! añadió Joaquín, á quien ya no quedaba duda de su desgracia. Y prosiguió diciendo despues de una sentida pausa:

—¡Esto no tiene ejemplo en la historia! Llorad, musas, digo, madres, digo, padres, que como yo os veis sujetos á tales trastornos. La naturaleza no anda bien. A la máquina del mundo le falta la rueda Catalina. Yo necesito un consuelo á mi dolor... yo necesito romperle á alguno la cabeza.

Y los gritos y ademanes de Joaquín alborotaron la casa. Severiano y Manuela, atraídos por el ruido, entraron en el gabinete.

—¿Qué ocurre, tío? preguntó Severiano, que no podía darse la explicacion de aquel alboroto.

—Ocurre, interrumpió Joaquín, que á mi hijo, al hijo de mis entrañas, acaba de llevar á la Inclusa este viejo estúpido.

—¡No insulte Vd. á mi tío, caballero! Pero, calle, Vd. me debe un paraguas.

Alzó Joaquín los ojos y reconoció al caballero que le habia prestado el paraguas para ir desde San Juan de Dios á la estacion del ferro-carril.

El maragato estaba ya cansado de oír á Joaquín, y se propuso terminar aquella escena, que iba tomando proporciones alarmantes. Así es que se apresuró á decir:

—Mire Vd., señor mio, si Vd. no hubiera venido á esta casa con sus enredos, nos hubiéramos todos ahorrado un disgusto. A mí no me importa nada que Vd. sea casado, ni que tenga un hijo, ni que sea el amante de esta señora... (Y esto último lo dijo señalando significativamente á Manuela.)

Al oírlo Severiano dió un paso hácia adelante.

—¿El amante de Manuela? ¿Qué es lo que Vd. dice, tío?

—La pura verdad, sobrino.

—¡Ah, infame! dijo Severiano volviéndose á Manuela.

Al mismo tiempo, Joaquín se acercó y dijo á Manuela por lo bajo:

—¡Cállese Vd., que la voy á salvar!

—¿Qué le está Vd. diciendo al oído?

—Mira, Severiano, ya es preciso decir la verdad: este hombre está loco. No le hagas caso:—fué lo que se le ocurrió decir á Manuela.

—¡Y se tutean! añadió el viejo.

—Como que estamos casados, dijo Manuela, resuelta ya á todo.

—¡Casada con mi sobrino una mujer que ha tenido que ver con este señor antes de su casamiento!

—¡Pero ese es de veras?

—Tan de veras como que ha tenido un hijo de él.

—¡Condenacion, y muerte, y suicidio! bramó Severiano.

—¡Ea! dijo Joaquín desesperado, esto tiene que acabar á bofetadas.

Desde este momento no fué posible entenderse. Todos hablaban á un tiempo.

Severiano se arrojó sobre Joaquín, este sobre el viejo, las mujeres gritaban, y la gritería puso en alarma á la vecindad.

El inspector del barrio tuvo que intervenir en el asunto, y no sin gran trabajo consiguió poner fin al escándalo, quedándose al propio tiempo con los nombres y señas de los alborotadores por si reincidían.

Apenas se vió Joaquín en la calle, su primer cuidado fué dirigirse en busca de su hijo.

III.

La caza del recién nacido.

Joaquín (solo, caminando hácia la Inclusa).—Estoy bien... La cosa marcha... ¡Bonito día! Desde que salí de la calle del Oso para ir á Ocaña, todo me sale á las mil maravillas... ¡Si soy el hombre más feliz que hay en el universo! ¿No es verdad, caballero?

El aludido (en medio de la calle).—¿Hablabas Vd. conmigo?

Joaquín.—Sí señor, con Vd. que lleva ese sombrero de ala de mosca, que me hace á mí mucho tilin. Con usted hablo. ¿No es verdad que soy feliz? Diga Vd. que soy muy feliz, poco trabajo cuesta decirlo. Vamos, ¿no es verdad que se me conoce en la cara? ¿Tengo ó no cara de hombre feliz?

El aludido.—Si he de hablar con franqueza, lo que me parece que Vd. tiene es cara de bruto.

Joaquín.—Tambien yo lo voy sospechando, caballero. Lo que á mí me pasa... Figúrese Vd. que tengo un niño...

El aludido.—Voy de prisa. Agur.

Joaquín.—¡Animal!

Luis Rivera.

(Se continuará.)

El mismo periódico, entre otras noticias generales y políticas, refiere que un par de moscas casadas pueden producir en un año treinta millares de millones de moscas.

Opino porque se prohiban estos matrimonios, y aconsejo a *La Correspondencia* que economice esta clase de noticias, porque las leen los niños, y le ponen a uno en un aprieto al pedir explicaciones.

—¡Galileo fué un tonto!

—¿Por qué lo dices?

—Se pasó la vida haciendo cálculos para averiguar si daba vueltas el mundo, y yo lo he descubierto con una botella de peleon.

¡Gran noticia!

Se ha descubierto en medio de las selvas del Nuevo Mundo una nueva raza, que participa del hombre y del mono.

No tienen más que un ojo encima de la nariz.

El jefe de la familia es la mujer.

La que menos, tiene ocho maridos, y ellos son los que cuidan de la casa.

—¡Cuántos cambiarían sus dos luceros por el ojo de estos salvajes!

Aquí sí que puede decirse: «no es nada lo del ojo!»

En París.

—Señora, ¿quiere Vd. explicarme por qué se halla ese hombre en su gabinete?

—No te acalores, hombre... Yo te lo explicaré.

—Pronto...

—Pues está ahí... porque como no encuentra casa, con esta afluencia de forasteros, donde alojarse, me ha pedido que le alquile ese cuarto, y se lo he alquilado.

—¡Ah, respiro!

—¿Qué tienes, hombre?

—Lo de siempre.

—¿Estás seguro de que te engaña tu mujer?

—¡Ca, hombre! Tratándose de mujeres no puede uno estar seguro de nada.

—¿Y eso te desespera más que lo otro?

—¿Pues te parece poco el peso de la duda?

—Es que en este caso la realidad es mas pesada.

—¡Qué feliz eres, tía! Dice una niña de cinco años a la hermana de su mamá, una solterona de cincuenta.

—¿Por qué, hija mía?

—Porque como te quitas los dientes al acostarte, no te duelen de noche.

—Dime, papá, ¿la tribuna es la mujer del tribuno?

—No debe serlo.

—Pero, ¿por qué?

—Porque le deja hablar.

Blas Perez.

CABOS SUELTOS.

Un periódico francés, *Le Siecle*, dice que todos los pilastres del mundo entero parece que se han dado cita en París con motivo de la Exposición universal.

Tengo algunos datos para creer que, por lo menos, en lo que toca a España, no debe ser cierta la noticia.

Los juegos de prestidigitación del Sr. Ari, y hasta los del mismo Arderius, han sido eclipsados la noche del estreno de *La Suegra del diablo* por un artista desconocido que, sin anunciarlo siquiera, penetró en el cuarto del señor Escriu y le escamoteó del chaleco el reloj y la cadena.

A un mismo tiempo hizo el Sr. Escriu el papel de mártir en la escena y en el cuarto.

Remedio contra los ahogados.

Tomarás una cebolla picante.

La restregarás por las narices del ahogado, hasta que consigas hacerle llorar.

Hecho esto, la resurrección es inmediata.

Sabido es que el que llora se desahoga.

Próximamente hará su debut en el teatro de la Opera nuestro querido amigo el célebre tenor Tamberlik. Ahora ya se podrá ir, aunque sea a la octava fila, en la seguridad de oír cantar.

Diez individuos de una misma familia que no tenían que comer se entretuvieron en rezar el rosario. Al llegar al *pan nuestro de cada día*, gritó uno de los muchachos: —Madre, eso se debe decir entre dientes.

Se ha abierto un nuevo teatro en la carretera de Francia. Con el billete de entrada se da también el de la mensajería.

La ejecución de la nueva zarzuela de Blasco titulada *La Suegra del diablo* ha proporcionado una gran ovación al Sr. Escriu, que interpreta a la perfección su papel, el más saliente y bien delineado de toda la obra.

Tampoco debe haber quedado descontento de la suya el pintor Sr. Plá, cuyas dos decoraciones, sobre todo la última, no dejan nada que desear.

Los ciegos podían estar mejor vestidos; pero sin duda se habrán propuesto convencer al público de que no se ven, y lo consiguen.

Soneto.

¡Cuántas veces al pie de encina añosa,
en las tranquilas noches del estío,
juraste ser eternamente mio
al rumor de la brisa vagarosa.

¡Mas todo pasó ya! Cual de la rosa
los pétalos cubiertos de rocío
que lleva el viento hasta el cercano río,
pasó aquella promesa mentirosa.

Mucho daño me has hecho; mas si un día
me dices con pasión: «dame tus brazos;»
si a alentar vuelves la esperanza mía
y nos unimos con eternos lazos,
entonces, de seguro, yo te absuelvo.
¿Qué me contestas, di?—¡Chica, que vuelvo!

Segun dice *La Correspondencia*, está cautivando la atención en Londres un alemán llamado Wilnkler (pueden Vds. pronunciarlo como gusten), el cual resuelve en un instante los más difíciles problemas.

Le desafío a que venga a Madrid y resuelva el siguiente: ganar para vivir haciendo versos.

La Caridad ha muerto.

Conviene advertir que *La Caridad* era un periódico que se publicaba en esta corte, y cuyas ganancias ofrecía enviar a Roma.

Hemos recibido el cuaderno 11 de la curiosísima obra que publica nuestro amigo el Sr. Cortés con el título de *Diccionario doméstico*. Continúa en la letra C, y por las descripciones detalladas que en este cuaderno hemos leído de las palabras *caldo*, *calorífero*, *camelia*, *canario*, *caña dulce*, *canela*, etc., se comprende el gran trabajo que está llevando a cabo el Sr. Cortés y la utilidad de su obra en todas las casas, puesto que de todo trata.

—Toma, Pepito, llévale ese duro a tu madre para la compra, que con la prisa se me ha olvidado dárselo esta mañana.

Pepito coge el duro y lo cambia por un napoleon y ocho cuartos y medio. Se guarda los últimos y da el napoleon a la mamá.

Al día siguiente:

—Mujer, si te envié un duro con Pepito.

—No fué duro, que fué napoleon.

—Ven acá, Pepito; ¿no te di un duro columnario para tu madre?

—Sí señor.

—¿Y cómo le has dado un napoleon?

—¡Porque se me cayó un real en el camino!

Soneto.

El trasparente azul del firmamento
que apenas mancha nube blanquecina;
el olor de la rosa purpurina
que abre su cáliz perfumado al viento:

El melodioso y celestial acento
del ruisenor que en la enramada trina,
el vuelo de la errante golondrina
que busca de sus hijos el sustento:

La flor silvestre, la verdosa rama,
la brisa de los campos placentera,
el asno que retoza, el buey que brama:
El musgo que tapiza la pradera
y los chinches que corren por mi cama,
anuncian que llegó la Primavera.

X*** odiaba a H***—Vivían en J***—Tenían un amigo que se llamaba L***, y los tres eran de M***, donde residía L***

Deseaba X*** desahogar su odio hacia H***, teniendo con él lo que se llama un lance; pero H*** encontraba siempre modo de evitarlo, y X*** esperaba una ocasión propicia para su intento.

Ocurrió que H*** tuvo que salir de J*** para M***, y con este motivo dijo a X*** al despedirse:

—Salgo para M*** ¿quieres algo para L***?

X***, comprendiendo que la separación prolongaba indefinidamente sus proyectos hostiles contra H***, le sacudió un par de bofetones mayúsculos, y le dijo con la mayor naturalidad:

—Llévale eso a K.

Segun un cartel, en el circo de Paul, donde ha comenzado a trabajar una doble compañía dramática de verso y zarzuela bufa, lo primero nuevo que se pondrá en escena será un drama, titulado:

«NERON

»Ó LOS MÁRTIRES DEL CRISTIANISMO,

»en cuya obra se presentan a los mártires los cuadros de «la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo.» Así dice el cartel.

Pues, señor, compadezco a los mártires, a Neron y al cartel.

A Gil Blas.

(SONETO.)

Sabe, GIL BLAS, que de Madrid me ausento,
y la esperanza natural abrigo
de que, cumpliendo como buen amigo,
a tus lectores lo dirás atento.

Diles también que tengo gran talento
y que la senda de la gloria sigo,
y en ella triunfos sin cesar consigo
cantando siempre con robusto acento.

Dí que son mis poesías deliciosas,
que renacen en mí los Garcilasos,
que las ninfas del Pindo vaporosas
marcan alegres mis seguros pasos...
(y entre nosotros queden estas cosas
como sucede siempre en estos casos.)

Pedro María Barrera.

PASATIEMPO.

Solución a la Charada del número anterior:—*Carmencita*.
Geroglífico:—*Empédocles murió precipitado en el cráter del volcan Etna.*

CHARADAS.

1.ª

Por casarse la *tercia* y la *primera*
con la *prima* y *tercera* que era oriunda
del Congo, se vió *prima* con *segunda*;
compró mucho *segunda* con *tercera*.
se hizo rico y dichoso de este modo;
más vino a menos, y tomó mi *todo*.

2.ª

Al niño le desanima
mi *prima*.
En los santos mucho abunda
mi *segunda*,
y hacerte gran bien pudiera
mi *tercera*.
De modo, que si cualquiera
se fija, lo acertará;
pues que en su casa verá
prima, *segunda* y *tercera*.

(Las soluciones en el número próximo.)

ANUNCIOS.

ALBUM DE UN LOCO

POESIAS NUEVAS

DE D. JOSÉ ZORRILLA.

Un tomo un 4.º elegantemente impreso en papel glaseado y satinado.

Precio, 30 reales en Madrid y 34 en provincias franco de porte.

Por suscripción, en cuatro cuadernos, uno semanal, 8 reales cada cuaderno en Madrid y 9 en provincias.

Se suscribe en todas las principales librerías y en las administraciones de correos. Los pedidos se dirigirán a los Sres. Gullon é Hidalgo, Pez, 40, Madrid.—4

HISTORIA DE UN BOCADO DE PAN, POR JUAN MACÉ.—Traducción de Diodoro Tejada.—Un volumen en 8.º, 14 reales.—Una de las obras maestras de nuestro tiempo, cuyo éxito, más que europeo, ha sido mayor cada día. Mr. Macé es un escritor en quien el sentimiento, el buen gusto y la discreción son tan grandes como la sabiduría. Este libro ha hecho no solo comprensible, sino también atractiva para las niñas y los niños, la historia natural del ser humano.

Se vende en la librería de Duran, editor, Carrera de San Gerónimo, 2, y en las principales librerías.—4

BAZAR DE CALZADO.

Calle de la Montera, núm. 2.

Gran surtido para caballeros, señoras y niños; calzado de becerro de una y dos suelas, de vaca, de charol y satén, charol y chagren. Becerrillo fino y cabritilla, etc., etc. Lo más elegante de construcción alemana. Precios moderados.

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1867.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CEBEZA 27.